

Ana Cecilia Prenz Kopušar

Rafael Alberti en su exilio argentino: disrupción y continuidad

Palabras clave: Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, autobiografía, exilio

DOI: 10.4312/ars.11.2.206-219

Un sintagma extraído de la novela *El gran teatro* de Manuel Mujica Láinez nos permite entrar de manera directa en el tema que propone tratar este número sobre las relaciones y contactos entre América Latina y Europa, en nuestro caso en lo literario.

Álvaro Abós, autor del libro *Al pie de la letra – Guía literaria de Buenos Aires* (2011)¹ escribe que el secreto del teatro Colón es para Mujica Láinez el secreto del entramado que también explica la Argentina, el fruto de «nuestros heterogéneos aportes» (Abós, 2011, 112). Álvaro Abós elige el espacio físico del teatro Colón, su estilo ecléctico, «consecuencia de las diferentes nacionalidades y estilos de los arquitectos que intervinieron en la obra» (Abós, 2011, 110). Esta relación metonímica, propuesta por el escritor argentino es, obviamente, aplicable también a otros espacios físicos donde pueden converger variados elementos que sirven a una conformación del contorno argentino. En el caso de la metonimia de Abós, referida al teatro Colón, si se tomaran en cuenta las circunstancias heterogéneas, relevantes o no, que el tiempo ha ido configurando, como lo sugería Mujica Láinez,

quizás entonces entenderíamos qué son, quiénes son los fantasmas, de dónde proceden los sueños, las huellas impalpables de esperanza y desilusión, qué secretos moradores habitan el Teatro; por qué sentimos que un espectador invisible ocupa la vacía butaca, vecina de la nuestra; por qué, al avanzar distraídos por uno de los corredores desiertos del Teatro Colón, sabemos, de repente, que no estamos solos (Abós, 2011, 112).

A partir de esta perspectiva y sin perder de vista los heterogéneos aportes, Álvaro Abós construye su guía literaria cuyo tema es la presencia de la ciudad de Buenos Aires en la literatura, como escribe en el prólogo a la edición del 2011 (Abós, 2011, 8). Sin embargo, cuando el lector recorre las páginas del libro se encuentra ante un texto que excede la idea de guía concebida como libro que sólo contiene informaciones e indicaciones. El concepto que maneja el autor remite más bien al libro de viajes y a veces, por qué no, de aventuras, ligados al tiempo y al espacio que los vieron nacer. No

1 Ediciones 2000, 2005, 2011.



es casual que Abós se defina entre las páginas *Lazarillo para caminantes* aludiendo al título del libro de Concolorcorvo. Se considera un pícaro por Buenos Aires que con su pincelada narrativa enriquece cada una de las imágenes de la ciudad.

La ciudad, pues, cobra vida a través de los autores que la poblaron y escribieron sobre ella pero también a través de las tertulias y encuentros en los cafés, veladas literarias, recitales y otros eventos culturales, como así también en algunos salones exclusivos. En este contexto, incluye, también, los teatros y las conferencias que le permiten al autor reconstruir la ciudad a través de la presencia, también, de escritores extranjeros como Federico García Lorca, Ramón Gómez de la Serna, Rafael Alberti, Arturo Cuadrado, entre los españoles. Buenos Aires es la ciudad que, con sus heterogéneos aportes, ha dejado sus improntas en escritores que en algunos momentos de su obra han plasmado sus espacios.

De estos personajes, que han dejado su impronta en la ciudad y ésta en sus obras, nos interesa, en particular, Rafael Alberti y sus vicisitudes personales y literarias, narradas en su libro *La arboleda perdida*. El poeta gaditano, que vivió en Argentina más de dos décadas como exiliado, nos ofrece muchas pautas para analizar los elementos de disrupción y de continuidad con su pasado europeo. En su período argentino, Alberti seguía ligado a España a través de su participación política en las reuniones clandestinas de los demás exiliados republicanos, al mismo tiempo que iba reflejando en sus escritos las circunstancias que lo iban acercando a su nuevo país. El mar –que analizamos como vivencia personal y como término de tantas metáforas y metonimias en su obra–, su relación con la naturaleza –en particular con la arboleda–, la vida en el exilio –no solo en su condición nostálgica y melancónica, sino también como una oportunidad de crecimiento intelectual, su renovada poética, su relación con las instituciones, constituyen elementos de análisis en nuestro trabajo.

Como el subtítulo lo aclara, *La arboleda perdida* se propone como un libro de memorias que, por los procedimientos literarios de que hace gala, puede leerse también como una novela, obviamente, autobiográfica. La prolija elaboración de la prosa, el cuidado por el ritmo narrativo, la creación de una atmósfera de lectura, hacen pensar que, más allá de los hechos trágicos o felices que se cuentan, Alberti se proponía, también, lúcidamente construir una obra literaria, en la cual la intención estética es una presencia constante.

El nombre del libro de Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, puede conducir a múltiples interpretaciones. En un pasaje relata que así llamó a la casa en Castelar, Provincia de Buenos Aires, uno de los lugares donde se instaló en sus años de exilio en Buenos Aires. De este modo, otorga simbólicamente un lugar central de su autobiografía a esos años y a ese lugar que luego abandonó

pero con el cual, todavía al final de su vida, se identificaba imaginariamente (Funes, Sanz, 2015, 16).

Para Funes y Sanz, *La arboleda perdida* es el término de una alegoría que propone una afinidad con la vida del autor y sus vicisitudes pasadas. Del mismo modo que el árbol se va desarrollando con el tiempo, así va creciendo la vida del autor y de todo cuanto está relacionado con él:

Al crecer, el árbol va dejando sus marcas. Es evidente cómo el enunciador-autor –esta forma enunciativa propia de la autobiografía que establece una relación referencial con el autor a la vez que este se afirma a sí mismo como figura autoral mediante el texto– está comparando su vida con la de un árbol en medio de una arboleda, de un conjunto de otras vidas (otros árboles) que, más allá de las experiencias vividas en España y en el exilio, y de las muertes, ha sobrevivido a través del arte (Funes, Sanz, 2015, 68).

Alberti puede ser definido como un hombre que, en su condición de exiliado –pero también en la de viajero, en circunstancias más felices de su vida– no se ha dejado olvidado a sí mismo en ningún punto de partida y que como tal ha llevado siempre consigo la arboleda perdida, que es, en realidad, una suma de arboledas en distintas etapas de su vida: la de su infancia andaluza, en Puerto de Santa María, la de la corta estancia en la Córdoba argentina («Pero no fue la ciudad, sino el campo de Córdoba, el Totoral con su río pequeño, quien nos retuvo junto a las alamedas de la finca de Rodolfo Aráoz Alfano [...] Crecí otra vez a la poesía entre esos álamos» (Alberti, 1978, 615)), la de Madrid («Con Federico y Alberti, que vivía cerca de mi casa en un ático, sobre una arboleda, la arboleda perdida ...» (Neruda, 1983, 166)), la de Castelar «Una nueva Arboleda, no como aquella realmente perdida de mi infancia andaluza, he levantado a una hora de tren de Buenos Aires, en los bosques de Castelar» (Alberti, 1989, 319–320).

Podemos decir que los elementos y objetos asociados entre la vida española y Argentina entre las variadas arboledas, localizadas, a nivel superficial, en los sitios donde el poeta ha vivido, se transmutan, a nivel profundo, en una única arboleda que deviene un motivo simbólico en su escritura.

Antes de adentrarnos en la ya mítica arboleda de Castelar, nos detenemos en algunos episodios de su accidentado arribo a la Argentina. En pleno río de la Plata, después de que el transatlántico Mendoza, en que viajaban Alberti y María Teresa León, había dejado el puerto de Montevideo, Alberti pudo presenciar un hecho impensable antes de su partida de Marsella: la batalla del Río de la Plata. Era la primera señal de que el exilio, una condición de ruptura, se convertiría, en una continuidad de las circunstancias que creía haber dejado atrás en su España. Por una infeliz coincidencia

del destino, el hombre que había partido al exilio en busca de un refugio seguro se encontraba, de pronto, con un episodio de guerra: el hundimiento del acorazado de bolsillo alemán Graf Spee, que enfrentó a la flota inglesa en la batalla del Río de la Plata.

El barco alemán había sido tocado de manera grave por la flota británica y entrado con permiso, sólo de 24 horas, para reparar averías en Montevideo. La flota británica desplegada en abanico lo esperaba. A nosotros, pobres pasajeros del *Mendoza*, un transatlántico argentino, se nos había dado la orden de anclar, no siguiendo el viaje a Buenos Aires hasta que terminase la batalla. Mientras aquella noche, el capitán del crucero alemán se suicidó. Cuando por la mañana avanzó el *Graff Spee* hacia los límites de las aguas jurisdiccionales uruguayas, se detuvo un instante, sólo para que una barca tripulada por marineros descendiese del buque y, después de alejarse de él, lo volara. No creo que nunca vuelva a ver en mi vida alzarse sobre el mar verticalmente un barco, pudiendo todos contemplar por un instante la raya del horizonte antes de que se lo tragasen las aguas azules (Alberti, 1988, 107).

Alberti había dejado atrás su país destruido por la guerra y cuando ya estaba por entrar en aguas argentinas volvía a encontrarse con los comienzos de otra guerra. El episodio narrado sucedió, en realidad, el 17 de diciembre de 1939. Según el propio Alberti: «Una mañana brumosa de febrero del año 1940 dejábamos el puerto de Marsella en un barco, el *Mendoza*, camino de las orillas del río de la Plata» (Alberti, 1988, 152). Es la fecha que, siguiendo a Alberti, repiten otros autores. En realidad, a la nave, que se refugió en el puerto de Montevideo se le había dado 72 horas de plazo para reparar sus averías, como lo reflejan los periódicos de la época. Pocos días después, el capitán de la nave que, después del hundimiento de la misma y junto con la tripulación había desembarcado en Buenos Aires, se suicidó en el hotel de la Marina. Independientemente de estos desajustes en la información, la cita nos permite suponer que Alberti llegó a Buenos Aires a fines de 1939 o a comienzos de 1940 y no como escribe Bárbara Ortuño Martínez: «... partió con su compañera, la escritora María Teresa León, desde Marsella en el vapor francés *Mendoza*, y antes de llegar a Buenos Aires el 3 de marzo de 1939 presencié en la costa uruguaya una de las primeras batallas navales de la guerra mundial» (Ortuño Martínez, 2012, n. 24).

No menos impensado que esta batalla naval, la llegada a Buenos Aires no carecería de nuevos imprevistos. Así, la primera arboleda argentina no estaría para los Alberti en Buenos Aires, adonde había llegado de paso para seguir a Santiago de Chile, su destino prefigurado, sino El Totoral, un distrito a 80 kilómetros al norte de la ciudad de Córdoba, donde se instalaría, a instancias de sus amigos, durante casi un año, sin el permiso de inmigración, y donde participaría en varios eventos culturales. Alberti

era entonces un poeta joven, pero ya conocido en los círculos literarios argentinos. Sin ningún documento que lo autorizara a permanecer en Argentina, vivió allí, prácticamente como un clandestino, pero acompañado por amigos que sostenían la causa republicana. Córdoba –*la docta*, como se la denomina, sede de la primera universidad argentina, fundada en 1613– era un centro importante, cuna de la Reforma universitaria de 1918, que dejaría una huella importante en la cultura argentina. Allí, las puertas se le abrieron desde su misma llegada merced, también, al apoyo que recibió de las instituciones y la prensa, en primer lugar del diario *La voz del interior*, el más importante de la provincia. Conferencias en instituciones como el *Círculo de la prensa* o la Universidad, así como sus recitales en importantes teatros, eran difundidos y elogiados por el periódico (cf. Martínez Gómez, 2011).

Ahora, en Argentina, esta vez por una feliz coincidencia, Alberti y María Teresa León, su compañera, volverían a encontrarse con la solidaridad de los amigos, así como les había sucedido antes de su partida en Francia. Otra vez, lo que se presagiaba como una disrupción, aparecía, de pronto, a través de estos gestos amistosos, como una continuidad.

Desde Córdoba, los Alberti se trasladaron a Buenos Aires, a una casa, que ya no existe, en la calle Las Heras 3782. Así como, más tarde, bautizará como *La arboleda perdida* su modesta casa de Castelar, Alberti mantendrá fresco en su mente el recuerdo de las sierras de Aitana, en la provincia de Alicante, que viera junto con León, por última vez, antes de su partida y bautizará con aquel nombre a su recién nacida hija.

[...] más tarde la familia se trasladó a la avenida Pueyrredón 2471, noveno piso, en un edificio en proa hacia el río que se alza en la esquina de Pueyrredón y Azcuénaga. En aquella casa de Las Heras, los Alberti como todos los exiliados que en el mundo han sido –y Buenos Aires acogió a muchos– vivieron superando día a día el dolor de la tierra perdida y regando la esperanza como una planta preciosa, allí reconstruyeron sus vidas, apostaron por el futuro cada hora (Abós, 2011, 221).

La elección del apartamento de la avenida Pueyrredón, no fue casual. Desde allí, Alberti podía ver el Río de la Plata –el Mar Dulce como lo había denominado Juan Díaz de Solís– que, más allá de sus aguas leonadas, lo ponía en contacto con su mar gaditano.

Mientras vivían en la calle Las Heras, los Alberti, emplazaban en Castelar, una localidad en las afueras de Buenos Aires, una casa prefabricada, en medio de un bosque, que sería su segunda y definitiva arboleda argentina y de la que disfrutarían hasta su partida a Roma. Era una casa de descanso que resultaría, a la postre, una casa también de fructuoso trabajo intelectual. Nos parece oportuno detenernos en ella

porque el desafío de Alberti por ganar su nuevo espacio, tiene los visos de un empeño titánico. En un lugar residencial, en medio del bosque, en el que, aquí y allá, lucen magníficas mansiones, él ha elegido su nuevo lugar en el mundo, aunque su mente recupere y prolongue la »perdida« alameda de su infancia andaluza. Y, en medio de esas casas señoriales, él ha decidido montar, ante la inquietud de sus vecinos, una casa prefabricada, elección casi estafalaria, a la que pondrá el nombre, justamente, de *La arboleda perdida*. Describe la desazón previa al montaje, cuando a causa de fuertes temporales, se produjeron grandes inundaciones, «muchos caminos eran mares y la tierra del bosque estaba ahogada de tragar tanta agua» (Alberti, 1989, 321), y hubo que esperar más de un mes para iniciar los trabajos. Narra con detalles las vicisitudes del montaje, que alimenta la preocupación y el asombro de sus vecinos. Y cada año, él la pintará como si estuviera barnizando la quilla de una barca, como si esa llanura fuera un mar (Alberti, 1989, 319–324; y también 1988, 135).

No serán estas las únicas oportunidades en que el mar y otras referencias ligadas al mismo se convierten en Alberti en el término de una metáfora. Ya en su primer encuentro con el río Paraná, puede comparar una isla llana con el mar: »Aquellas olas verdes de los otros veranos se han convertido hoy en un inmenso pastizal esmeralda, mar tranquilo de tierra en donde al sol y al viento se petrifican en estío los ganados«. (Alberti, 1989, 133). Esa misma isla, en tiempos de crecida, desaparecerá bajo las aguas y el campo verde se convertirá »en un extenso mar de difícil huida« (Alberti, 1989, 133).

Así como compara al mar tranquilo con una llanura, otros componentes metonímicos del mar pueden ser parangonados, a su vez, con componentes de la tierra, en esta ocasión con su casa de Castelar:

los cipreses y álamos de la Arboleda Perdida, más erguidos que nunca, parecían saludar a nuestra casa, cuya madera pulida y virginal, le daba el aire de un extraño barco traído al centro de los bosques para que lo pintasen. ¿Un barco? Delirio de poeta (Alberti, 1989, 322).

¿Delirio de poeta? ¿O simplemente la poderosa y perdurable presencia del mar, que recorre su poesía y sus memorias y, con el cual le son posibles todo tipo de asociaciones?

La relación de Alberti con la naturaleza, con la cual entra en una suerte de simbiosis particular, se constituye en él como un elemento, no de disrupción, sino de continuidad, que marca su estadía en la Argentina. Y decimos particular, porque Alberti no se siente un espectador frente a la misma, sino que él mismo se asume como parte de esa naturaleza, en la que cada comparación o metáfora se constituyen como una verdadera identidad:

¿Qué lluvias, qué riegos bienchores han mojado mis plantas, mis hambrientas raíces, haciéndome verdecer de nuevo, erguirme otra vez árbol capaz de abrir sus ramas y sus hojas al silbo de los pájaros y el viento? (Alberti, 1989, 159).

Por otra parte, se presenta como un eximio conocedor de las plantas, con una curiosidad que va más allá de la literatura y que lo hará deslizar una crítica irónica a los poetas que se desentienden de la botánica. «No soy de aquellos poetas –existentes hoy más que antes– que confunden una amapola con una margarita, que no saben lo que es un gladiolo o, ni mucho menos una vincapervinca bordeando un arriate» (Alberti, 1988, 119) y confiesa que, siendo aún niño, guiado por su madre, comenzó este entusiasmo por conocer el nombre de las plantas. Así como pudo compararse con un árbol, esta vez, lo hará con una flor: «Y de ahí partió mi gran pasión y curiosidad por ellos, llegando a sentirme todo yo como una flor libada por las abejas y celebrada por los pájaros» (Alberti, 1988, 119).

Su curiosidad se extendía por los nuevos lugares que iba visitando y quería conocer el nombre de cada nueva especie. En Buenos Aires lo sorprenden los gomeros, a los que describe poéticamente:

cuatro inmensos gigantes, verdaderamente prodigiosos [...], muy parecidas sus hojas por lo bronceas y lustrosas, a las de los magnolios, con sus anchos troncos [que], como lomos de rinocerontes o elefantes, cubren de una profunda sombra la plaza Lavalle de Buenos Aires (Alberti, 1988, 121).

A poco de su llegada a la Argentina, cambia la vida y la poética de Alberti. Había dejado un país en ruinas, políticamente aciago, y se encontraba, de pronto, en otro, donde la caza a los comunistas era siempre un peligro latente, que se acentuaría después con la llegada del peronismo al poder. A no ser por sus amigos argentinos y exiliados, que lo ayudaron a sostenerse, la elección del país no parecía ser la más afortunada. Las leyes argentinas prohibían a los exiliados inmiscuirse en la política interna y cualquier pretexto, por mínimo que fuera, los exponía a una persecución, más aún a alguien que era miembro del Partido Comunista español, como sucedía en el caso de Alberti. Sin embargo, durante su residencia entre Buenos Aires y Castelar, el poeta participaba en reuniones clandestinas con otros camaradas españoles también en sus últimos años de estadía, durante la frágil democracia del presidente Arturo Frondizi. Recuerda de aquellos años que esa, ahora mítica, casa de Castelar le sirvió de refugio cuando los militares argentinos, empeñados en derrocar el gobierno militar, lo perseguían «siempre en sus manos las armas de la muerte» (Alberti, 1988, 134). Una poesía de entonces recuerda esas circunstancias:

Viniste al bosque, mientras te buscaban
para prenderte ... Tú nada sabías.
En diferente clima a tantos miles
de leguas de tu casa verdadera,
eran, eran los mismos,
los oscuros y tristes de otros años.
Tú escuchabas las hojas de la noche,
mientras ellos corrían como ratas
de tiniebla en tiniebla,
en busca de los otros.
(Alberti, 1988, 134).

En esas circunstancias difíciles, también cambiaría su poética, cambio que puede verse en su primer libro argentino, *Entre el clavel y la espada*. A partir de allí Alberti renuncia a la retórica y a la palabra superflua, a los restos que le quedaban de poeta sensible en sus años juveniles a la corriente ultraísta y la función denotativa prevalece sobre la connotativa. Busca, sobre todo, que la palabra sea una «estatua vocálica» como lo quería Demócrito y que cumpla con su misión primera, que es la de nombrar y que todo lo que decore también nombre.

Es conocido que Ernesto Sábato hablaba de la escritura diurna y la nocturna. Alberti se ha declarado siempre un poeta de la primera, inmerso ya, por una parte, en la claridad de la vida superando los obstáculos de la realidad argentina y, por otra, en la claridad de su poesía. Recuerda que, en su estancia en Argentina, esta claridad se diferenciaba de la que había vivido en España. Recuerda:

Mis madrugadas esenciales estaban antes atrapadas por seres que poco a poco fueron tomando formas extrañas y diversas de ángeles. Algunas veces se presentaban como figuras geométricas, como escobones barriendo las cloacas del amanecer, como cuerpos deshabitados o seres de carbón o verdaderos ángeles alicortados, llorosa la faz o pulverizados entre los escombros de las barriadas vacías. Ahora ya no se me aparecen los mismos en ese instante en que la noche va girando hacia aquella misma ahora en que partí poco antes de la madrugada de ayer noche. La de ayer noche corresponde ya a aquellas del poeta comprometido con la luz en el momento de darse contra las claras del día (Alberti, 1988, 342).

En Argentina, Alberti recupera, también, su vocación por la pintura y una experiencia de sus años juveniles cuando, antes de convertirse en poeta, obsesionado por la grafía de las letras y la palabra, presentó algunos textos de vanguardia en una exposición en el Ateneo de Madrid. Confiesa que, apenas terminada la Segunda guerra

mundial, volvió a despertársele su primera vocación que se concretaría en Buenos Aires con la aparición de su libro de poemas *A la pintura*, que

[...] me hizo volver a la experimentación de los colores y la línea, pero esta vez entremezclándose con la palabra, es decir, con el verso. Y se me ocurrió un título: 'Liricografía', 'liricograma', que aunque pudiera pensarse, no tenía nada que ver con el caligrama apollinaireano. Hice muchas exposiciones en la Argentina y el Uruguay, con excelentes resultados, escribiendo, a veces, brevísimos poemas, para adaptarlos a mi estilo liricográfico. Era ya, aunque yo no lo pretendiera expresamente, un autor de *poesía visiva*, que tanto se llegó a cultivar, más que nunca, en la posguerra (Alberti, 1988, 177).

Era una recomposición de sus dos vocaciones juveniles, la pintura y la poesía, que en un momento se habían separado y que ahora volvían a converger en el exilio argentino. Como un ajuste de cuentas, esta recuperada simbiosis entre poesía y pintura, no sería relegada a la estancia de Alberti en la Argentina y tendría su continuidad en Roma, su nuevo lugar de exilio. Con ocasión de una exposición homenaje de poemas ilustrados, organizada por La Sociedad Argentina de Artistas Plásticos en diciembre de 1962, es decir, pocos meses antes de su partida, Alberti pudo ver consagradas sus dos grandes vocaciones:

Maestros ya o jóvenes en camino de serlo, me reveláis aquí las diferentes caras de mi poesía, del mismo modo que ella ha tenido la gracia de revelaros el rostro de la pintura de cada uno en relación con mi obra poética. Así amigos pintores, habéis llegado a ser mi espejo y, a la vez el vuestro. Todos somos lo mismo, en una multiplicidad de imágenes (Alberti, 1978, 621).

Alberti se ha movido siempre como un hombre independiente e incómodo en su relación con las instituciones. En un discurso de homenaje en la Sociedad Argentina de Escritores, confesó que en sus tiempos de estudiante había sido reprobado en Preceptiva Literaria «y me lleno de sudor frío cada vez que alguien habla de mis pobres cuarenta años de poesía que tuvieron tan infeliz iniciación intelectual» (Alberti, 1978, 613). Cuando, después de diecinueve años de estancia en Argentina, recibió un pasaporte del consulado español, infringió una norma prevista en el otorgamiento que explicitaba la prohibición de viajar a España y a los países comunistas. Alberti se burlaría de semejante norma y emprendería un viaje por Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, Polonia, la Unión Soviética, China ...

¡Qué maravilla poder salir a respirar, después de tantos años, forzosamente prisionero, paralizado en el río de la Plata, en la República Argentina, amada de verdad, pero cada vez más estrecha y preocupante después del peronismo, de aquellos cohibidos gobiernos democráticos, amenazados, hasta su extinción, por las 'engalanadas panteras militares', después de

allanada mi casa, varias veces y de noche, por la policía (Alberti, 1988, 163–164).

No terminaría aquí su relación problemática con las instituciones. Más tarde, a su regreso a España rechazaría la invitación del propio rey Juan Carlos de sumarse a la Academia. Y si en una ocasión aceptó ser candidato a diputado, se trató, simplemente, de una candidatura testimonial, ya que tenía decidido renunciar y, así a tres meses de su elección, dejó su banca para que en su lugar la ocupara el compañero que le seguía en la lista.

Una condición ineludible del exilio es que acentúa la nostalgia por los lugares y tiempos lejanos. Si bien las circunstancias por las que Alberti había dejado España no podían ser comparadas por su magnitud y profundidad con las que encontraría en Argentina, algo común las aproximaba: allá, la destrucción de la República y el advenimiento de una dictadura; aquí, la presencia sucesiva de gobiernos que, por primero simpatizaban con las potencias del Eje, luego la aparición de Perón, simpatizante de Mussolini y presidente de un gobierno autoritario y, finalmente, el gobierno democrático de Arturo Frondizi asediado por militares golpistas, circunstancias todas que no podían garantizar la seguridad personal de los ciudadanos. Tales circunstancias, por su condición de continuidad no podían aparejar una nostalgia por los tiempos recientes y, así, en Argentina, como lo había sido en España o Francia, la nostalgia, por su misma condición, no podía sino referirse a los viejos tiempos felices. Y aquellos viejos tiempos felices renacen en Argentina metaforizándose:

Y el Paraná tomó el puesto del mar en mi poesía y la nostalgia de España se me cubrió de nubes y caballos:

Hoy las nubes me trajeron
Volando, el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!
Se me llenó de caballos
La sombra que proyectaba
(Alberti, 1978, 616).

La nostalgia en Alberti es un alimento espiritual que se lleva consigo y permanece en cualquier circunstancia. Abandonado el lugar del exilio, este no queda en el olvido en aras de la primera patria, sino que se convierte en objeto de una nueva nostalgia. El cúmulo de vivencias de Alberti se constituye en una entidad unitaria, motivo de su presente y, también, de su creación literaria. A su nostalgia por el pasado lejano,

durante el exilio, Alberti, una vez abandonado el mismo, comenzará a vivir también la nostalgia por el pasado reciente:

A pesar de Italia, en la que ya me encontraba, mucho había dejado allí, en aquella América, tanto, como para desear, a cada hora, en los primeros meses de lejanía, un posible retorno, una segunda vida que me hiciera compartir con aquellos pueblos tan castigados y oprimidos el logro final de sus esperanzas. Y a Roma le pedí, desde el comienzo de mi permanencia en ella, que, a pesar de su maravilla, fuese capaz de darme tanto como había dejado entre aquellas orillas de cielos inalcanzables, cosechas y caballos (Alberti, 1988, 165).

Pocas poesías, como la que sigue, expresan la intensidad y profundidad existencial de un hombre, esperanzado por el nuevo destino y, al mismo tiempo, desgarrado por el dolor de deber abandonar un país sumido en el caos político y social:

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,
caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.

Dejé por ti todo lo que era mío.
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte
(Alberti, 1988, 165).

Ese deseo, reflejado en la poesía y en el fragmento que le precede, al expresar ya la naciente añoranza por la Argentina, refuerza la idea de que la nostalgia era para Alberti una motivación vital y creativa, al igual que el mar y la arboleda perdida y siempre recuperada. La calidad literaria de sus memorias, e incluso de sus escritos de circunstancia, invita a pensar que vida y obra conformaron de él una unidad indisoluble.

Por otra parte, el exilio ha sido para Alberti una experiencia enriquecedora. Le habían quitado su país, creyendo que así lo dejaban en el ostracismo total, sin saber que, al mismo tiempo, le estaban abriendo el mundo.

Bibliografía

- Abós, A., *Al pie de la letra*, Buenos Aires [2000] 2011.
- Alberti, R., *El poeta en la calle*, Madrid 1978.
- Alberti, R., *La arboleda perdida* (Primera parte), Madrid 1989⁸.
- Alberti, R., *La arboleda perdida* (Segunda parte), Madrid 1988².
- Funes, F., Sanz, A., *El exilio intelectual republicano español en Argentina. La escritura como espacio imaginario de restauración y discurso en contra del olvido en Rafael Alberti y María Teresa León*, (libro digital), Buenos Aires 2016.
- Martínez Gómez, J., Alberti en Argentina: los primeros pasos del exilio, en: *Revista de Filología Románica* VII/7, 2011, pp. 255–264.
- Neruda, P., *Confieso que he vivido*, Barcelona 1983⁸.
- Ortuño Martínez, B., En busca de un submarino, en: *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* 9, 2012, <https://ccec.revues.org/4242?lang=pt> [15. 11. 2017].

Ana Cecilia Prenz Kopušar

Rafael Alberti v argentinskem izgnanstvu: prekinitev in nadaljevanje

Ključne besede: Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, avtobiografija, izgnanstvo

Članek prikaže literarni svet Rafaela Albertija, ki je razpet med rodno Španijo in Argentino, kamor se je pesnik izselil po španski državljanski vojni. Avtorica izhaja iz sintagme pisatelja Manuela Mujica Láineza »naši raznovrstni prispevki«, ki jo Álvaro Abós (2011) navaja v svoji knjigi o navzočnosti Buenos Airesa v književnosti in uporabi za kritično branje Albertijeve avtobiografske knjige *La arboleda perdida* (Izgubljeni drevored). Delo je mogoče obravnavati v dveh razsežnostih, kot knjigo spominov ali kot roman. Elementi, ki na površinski ravni povezujejo življenje v Španiji in Argentini v različnih drevoredih v krajih, kjer je pesnik živel, se na globlji ravni spremenijo v en sam drevored, ki postane simbolni motiv njegovega pisanja.

Ana Cecilia Prenz Kopušar

Rafael Alberti in his Argentine exile: disruption and continuity

Keywords: Rafael Alberti, *The lost grove*, autobiography, exile

The present article takes as a starting point an expression of Mujica Láinez, “our heterogeneous contributions,” mentioned in the literary guide to Buenos Aires written by Álvaro Abós, in order to enter into the literary world of Rafael Alberti. In particular, the autobiographical book *La arboleda perdida* (*The Lost Grove*), considered in its double dimension, is either a book of memories or a novel. The elements and objects associated between Spanish and Argentine life among the various groves, located superficially at the sites where the poet lived, are transmuted, profoundly, into a single grove that becomes a symbolic motif in his writing.